

# Nosotras nos entendemos

Monólogo para actriz de  
©Gustavo Ott, 2018

[www.gustavoott.com](http://www.gustavoott.com)  
v5

Todos los Derechos para su puesta en escena en Teatro, Radio, Cine, Televisión o Lectura Pública, están reservados tanto para compañías Profesionales como Aficionados. Los Derechos y permisos deben obtenerse a través de SGAE. Quedan reservados todos los derechos. Quedan especialmente prohibidos los siguientes actos sobre esta obra y sus contenidos; a) toda reproducción, temporal o permanente, total o parcial, por cualquier medio o cualquier forma; b) la traducción, adaptación, reordenación y cualquier otra modificación no autorizada por el autor a través de su agente c) cualquier forma de distribución de las obras o copias de la misma; d) cualquier forma de comunicación, exhibición o representación de los resultados de los actos a los que se refiere la letra (b); e) Queda expresamente prohibida la utilización de otro nombre que no sea el del autor como responsable de esta obra, en especial, las formas “versión de” o “adaptación de”, ya que el autor es propietario del 100% de los derechos de estas obras. Los cambios de lenguaje, contextualización al habla de las distintas culturas, improvisaciones, cortes, agregados de palabras, modificaciones de escenas o de personajes, etc, forman parte del dinámico trabajo de puesta en escena en el teatro actual por parte de directores y actores, pero no da pie en ningún caso a entender el espectáculo como “versión” “adaptación” de este original. Las adaptaciones serán permitidas cuando se trate de un género a otro (teatro a cine, por ejemplo) pero siempre bajo la autorización del autor a través de su agente, SGAE. La infracción de estos derechos podrá conllevar el ejercicio de las acciones judiciales que en Derecho haya contra el infractor o los responsables de la infracción. Los Derechos de estas piezas están protegidos por las leyes de Propiedad Intelectual en todo el mundo y deben ser solicitados al autor ([www.gustavoott.com](http://www.gustavoott.com)) o su representante la Sociedad General de Autores de España.

® TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS  
Register of Copyrights,  
Library of Congreso, 2018  
Sociedad General de Autores de España-  
SGAE 64.171 Gustavo Ott. Socio: 64.171  
Dept. Dramáticos c/Fernando VI, 4. (28004).  
Madrid, España. Tel: (34-91) 3499550  
Web: <http://www.sgae.es>  
[gustavott@yahoo.com](mailto:gustavott@yahoo.com)

EN ESTADOS UNIDOS:  
Susan Gurman Agency LLC  
14 Penn Plaza, Suite 1703, New York,  
NY 10122-1701  
Tel: 212 749 4618 Fax: 212 864 5055  
[www.gurmanagency.com](http://www.gurmanagency.com)  
[gustavott@yahoo.com](mailto:gustavott@yahoo.com)

*“El aroma está en el espacio entre las notas.  
No son las notas que tocas,  
se trata de lo que no tocas”  
Miles Davis*

*“Toda historia de amor  
es un cuento de fantasmas”  
David Foster Wallace*

*Personaje:*  
VIRGINIA

*Escenario:*  
Casa de Virginia  
Cama y espejo en su cuarto. Sofá y televisión en la sala.  
Refrigerador en la cocina

*1/ Faldas*

*(Ruido de tienda. En escena, Virginia. A su lado, perchero con faldas)*

Aquello comienza... eh... ¡La cosa sucede...! Quiero decir que el fenómeno aparece –aún no sé cómo llamarlo- hoy mismo, durante esta linda tarde de centro comercial que paso con mi mejor amiga, Andrea, quien por lo demás tiene el encanto natural de las extorsionadoras. Es que si no fuera tan simpática, podría hacer carrera como terrorista.

(COMO ANDREA) —¡Entre faldas me siento mejor!

(AL PÚBLICO) Es que cuando ve faldas y se las arrima contra el cuerpo para decidir cuál le gusta, y cuál no, es de lo más distraída. ¡Qué digo distraída! ¡Más bien loca! Eso es: Andrea es una loca de las faldas.

(A ANDREA) —Amiga, con tus piernas te entiendo. Si yo las tuviera como tú se las estaría mostrando hasta a los pingüinos.

(AL PÚBLICO) Pero no tengo sus piernas, responde ella mirándome como quien da los “buenos días” a enfermos terminales.

(COMO ANDREA) —¡Nunca tuviste mis piernas, Virginia! ¡Nunca!

(AL PÚBLICO) ¡Y lo grita como para que se enteren las clientas de todo el centro comercial! Eso es lo malo de andar de compras con amigas que te conocen desde siempre. Pero no tengo alternativa, porque de tiendas va solo conmigo. Y si no la acompaño, no se cambiará de ropa. Así dice.

(COMO ANDREA) —Virginia: ¿acaso has visto a una mujer de mi edad que se vista con la misma prenda todos los días y que además consiga novio, no te digo marido? (ALTO) ¡Sin ti no iré de tiendas! ¡Y además pasará el tiempo y terminaré oliendo a caníbales! ¡He dicho!

(AL PÚBLICO) Y yo, por *décimo quinienta* vez, me rindo ante Andrea La Extorsionadora: palomita en faldas del terror. (OÍMOS RUIDO DE TIENDA) Así, Andrea se pasa la mañana probándose todas las tallas y hasta intenta colgarse la de las niñas: “hubo un tiempo en que me

quedaban”, dice para herirme. Es cuando decido dejarla hablando sola, me alejo, y comienzo a rodar mentalmente el día que me espera.

(A UN LADO) Cuando termine con esta loca de Andrea tengo que preparar la casa para la reunión de Pedro. Vendrán sus amigos de la Alianza Francesa, que son buenas personas, pero todo lo dejan para última hora, así que nunca sabes realmente cuántos vienen. Además, son de los que olvidan los vasos con licor en el suelo, nunca sobre la mesa; al hielo le dan vueltas termodinámicas, derramando el agua, como si mareados enfrían mejor; los aperitivos los escogen con un movimiento circular y a montón para que se caigan. En cuarenta minutos estará la casa vuelta un desastre y si no la limpio antes, será peor. Nada como el sucio sobre el sucio, que termina como esas ciudades que mi marido visitó en Europa: una sobre la otra, de la romana a la visigoda y luego a la gótica y así, como me contó con esa voz tan dulce de profesor, como quien se aprendió la lección solo para emocionarme, mira que estamos casados desde hace diez años y la seducción ya no hace falta.

(COMO ANDREA) —¡Además, Virginia, no te seré infiel! ¡Sólo iré de tiendas contigo!

(AL PÚBLICO) Me vuelve a gritar mientras se prueba una falda rojiblanca a rayas que le luce como si fuera una bandera con piernas.

—Pero, Andrea, puedes ir de compras con otras amigas. Yo no me molesto. Además, yo solo vengo a decirte que la falda te queda estupenda para que luego termines comprándote un par de pantalones horrendos mientras yo salgo con las manos y la dignidad vacía.

—¿Yo con pantalones? ¿Estás loca, Virginia? ¡Jamás! Ni con pantalones ni con otras mujeres. Saldré solo contigo y te seré fiel, como Pedro, o más que él, porque los hombres son los hombres y de ellos no se sabe nada en esta vida ni en la otra. Créeme, recuerda que lo conocí primero y que, *virtualmente*, soy tu rival.

—Él no me engaña. Y déjate de hablar mal de mi marido.

(A UN LADO) Casi por cualquier cosa, Andrea me recuerda aquello de su noviazgo fugaz con Pedro. Fue durante el primer año de la Universidad. Él era nuestro bello profesor de francés y desde la primera clase ella sintió el arrebató: *“He encontrado el amor de mi vida”*. No duraron ni un mes. Un día lo hablamos y quedó claro: para Andrea, Pedro había sido un amorío temporal. Además, casi al día siguiente, ya salía con otro chico: *“Con él me casaré y tendré cinco hijos”*. Más tarde con un hombre mayor: *“El amor de toda mi vida, esta vez sí”*. Luego tuvo varios noviazgos largos, intermitentes pero seguidos, con dos hermanos: *“Esa familia ha llegado para nunca separarse de mí”*. Y después su hombre de la vida: *“Este sí, con él quiero envejecer”*. Lo dejó a los quince días.

Para el momento en que andaba por su octavo novio corrido, el profesor Pedro y yo estábamos comprometidos y la familia lo trataba como mi pareja oficial en fiestas, navidad y cumpleaños. *Virginia y su novio*, era una frase hecha. Y aunque la relación entre Andrea y Pedro quedó cordial, hicieron un pacto para no hablar sobre el pasado ni de mí, a pesar de que a veces se crea cierta tensión cuando están solos.

Pero no tienen porqué sentirse así, claro que no; aquello sucedió hace doce años. Además, Andrea cambió. No sé si antes ella no era quien nosotros creíamos pero lo cierto es que ahora es otra. Primero, su pasión por las energías; el zen y la autoayuda, olvidando que siempre fue conocida como la reina de los chismes y la mala leche. Luego, físicamente, más alta, desarrollada, con dos grandes pechos que llegué a pensar que debían ser operados porque no había razón para que le hubieran subido tanto. Me aclaró que eran suyos, nada de operación, y su teoría sobre el crecimiento interno y su relación con el externo. Exageraba, sin duda, porque por mucho zen-autoayuda que hagas no explica que las dos tetas se te pongan como balones de la noche a la mañana, ¿verdad?

(COMO ANDREA) —¿Cómo estás segura de que Pedro no te engaña?

—Una está segura, Andrea. Tienes percepciones muy claras sobre tu marido, y sobre lo que es capaz de hacer.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Tú no lo engañas?

—¿Yo? ¿Estás loca?

(AL PÚBLICO) A mí, la verdad, pensar en ser infiel me da asco.

Andrea finalmente paga los pantalones horribles que eligió, habla con la empleada y me echa a un lado. ¿Lo hará a propósito? ¿Acaso quiere que me quede sola reflexionando, como si esas frases sobre la infidelidad requieren un cálculo especial, un aislamiento forzoso, como si el tema de la infamia me vuelve, de pronto, una extraña? No sé, pero se me está haciendo tarde, no he almorzado, y debo pasar por el mercado.

(DESAPARECE EL PERCHERO) ¡Por fin Andrea agarra sus bolsas, dejamos la tienda, y tomamos camino hacia nuestro restaurante francés favorito! (APARECE LA MESA) Un sitio oscurito, especialista en ensaladas, quesos, vinos, ideal para un día de amigas y complicaciones. ¿Acaso no serán la misma cosa? Cada una busca lo de siempre en el buffet. Yo lo hago más rápido y la espero sentada, jugueteando con una lechuga que parece cortada por una máquina de arar tierra. Al instante, llega Andrea a la mesa y mirándome fijo a los ojos, como quien ha estado esperando por ese momento para poder soltar una idea que lleva entre ceja y ceja, declara:

(COMO ANDREA) —Virginia, tengo que comentarte algo muy serio. ¿Puedo?

(AL PÚBLICO) Su tono es delicado. ¿Será algo de Pedro? ¿Por eso habló de infidelidad? ¿Es esta la conversación que cambiará mi vida?

(A UN LADO) Desde que era una adolescente he tenido la idea de que un día hablaré con alguien sobre un tema que será tan trascendental que modificará todo mi universo. No solo mi vida, sino también la realidad, mi mundo, lo que soy. Unas palabras que me convertirán en otra. Algún día

me hablarán sobre algo que será como un disparo. Y la *conversación disparo* parece que está por comenzar, ahí mismo, en pleno bistró francés, segundos antes de almorzar:

(COMO ANDREA) —Virginia; que te guste la música de otro tiempo es extraño. Lo mismo podría decir del estilo que has decidido para tus zapatos de centro comercial y encuentro con una ex rival, porque podría decirse que yo soy tu rival, tu primer rival. ¿No?

(AL PÚBLICO) Le voy a responder que no es así, que yo la veo como mi amiga, pero no me deja. El ambiente es de monólogo, el tiempo ha sido reservado para el discurso *Nosotras no nos entendemos*.

(COMO ANDREA) —¡No solo decides vestirme así para verme a mí, sino que parece que hablas un español con palabras extrañas, como si tuvieras acento extranjero! Virginia, los tonos de tu blusa y tu falda son opacos. Bellos, pero opacos. Y aunque todavía hay cierto atractivo en ti, creo que tienes también algo de ilusión, como si no estuvieras aquí, como desteñida, sin bordes, invisible. Ya no eres la misma de antes. Te miro y luces perdida. ¿Qué te sucede, amiga?

(AL PÚBLICO) Lo de *amiga* me lo dice como si yo tuviera tres años. ¿Está hablando en serio o repite el último programa *reality-zen-energético-autoauxilio*? La veo su talle firme, sus pechos inmensos y rígidos, su gesto imperturbable, como si fuera una estatua acusatoria, y me doy cuenta de que Andrea viene con todo.

(COMO ANDREA) —Además, he notado que ahora tus ojos rehúyen la luz, Virginia. Y eso es lo que más me altera, amiga. Tú, que siempre fuiste más *safrisca* que una mona; que liderabas el grupo de las más payasas y bellas del bachillerato; la primera en acostarse con un hombre y hasta con dos; la que se casó con el profesor Pedro, nada menos. Esa, Virginia Nuestra Luz que iluminabas a todas las demás, ahora andas por ahí como desvanecida. ¿Qué es lo que te pasa, *amiga*?

(AL PÚBLICO) Sin querer, respondo con mi silencio letal y esa expresión de perdona vidas que tanto le molesta. No lo soporta y explota.

(COMO ANDREA) —¡Y no me mires como si estuvieras por encima de mí, Virginia! ¡No lo estás! ¡La del problema eres tú! ¡Cuéntamelo todo!

(AL PÚBLICO) Me ordena fulminante, terminando de colocar los cubiertos sobre el plato, la cabeza encima de sus manos, y sus dos fenomenales pechos, tan voluminosos que parecen tres, echados hacia adelante como si fueran cañones de caricatura apuntados contra mí.

(PAUSA. RUIDO DE RESTAURANT) Se hace ahora un silencio pesado. Para romperlo pido dos vinos *souvignon* fríos. Y le pregunto a Andrea si quiere algo para ella, dejando claro que los dos vinos son para mí, y eso queda como un teorema de física religiosa, de matemática filosófica, de biología marciana. Andrea revienta, anti-energética, pos-zen y contra-ayuda.

(COMO ANDREA) —¿Alcohol? ¡Es eso lo que necesitas! ¿Alcohol? ¿Conmigo, que soy tu mejor amiga? ¡Virginia, no tienes sentido! ¡Eres absurda! ¡No te entiendo! ¿Es miedo? ¿A qué le tienes miedo? ¿Qué es lo que escondes? ¡Hasta la empleada de la tienda me preguntó si yo venía sola! ¡No se dio cuenta de que tú estabas a mi lado! Cuando te señalé puso cara de sorpresa. "¡No la había visto, emergió como un fantasma!" En ese momento me pareció gracioso pero ahora no me río, porque fue ese comentario lo que me hizo pensar: ¿Virginia pasando desapercibida? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo?

(UNA CAMARERA TRAE LAS DOS COPAS Y UNA LAMPARITA. VIRGINIA, AL PÚBLICO) Cuando veo la lámpara que trae la camarera, huyo de la luz y me pongo la mano enfrente. Y es entonces cuando Andrea, con sorna, lo dice.

(COMO ANDREA) —¡Yo creo que te estás entrenando para ser fantasma, Virginia!

(MÚSICA TEMA DE FONDO. AL PÚBLICO.) Lo dice en broma, claro.

(CON DIGNIDAD) Pero yo le respondo con la verdad:

—¿Cómo te diste cuenta, Andrea?

—¿Cómo me di cuenta de qué?

—¿Cómo sabes que me entreno para ser un fantasma?

(PAUSA. LA MÚSICA SUBE UN POCO)

(AL PÚBLICO) Esta vez soy yo la que tiene su atención completa.

(COMO ANDREA, ATERRADA) —¿Estás hablando en serio, Virginia?

(AL PÚBLICO) Y lo que pudo ser una frase que busca una salida fácil termina siendo más bien una revelación sobre lo que sucede, lo que comienza, el fenómeno aparece.

—Sí. Hablo en serio.

(COMO ANDREA, ATERRADA) —Pero...como...¿cómo sabes?

—Por ejemplo, porque tengo varias semanas sin verme reflejada en el espejo.

(VIRGINIA CAMINA HACIA EL PÚBLICO) Y la primera sorprendida del día soy yo, como si de pronto me hubiera descubierto cuatro pechos de silicona, como si entre nosotras hubiera una confesión sexual, un secreto mortal que ha sido revelado. Un secreto que es una verdad, sí, pero una verdad con mucha, mucha vocación aterradora.

*(La música sube. Imágenes del centro comercial, estacionamiento y un viejo Honda Civic)*

## *2/ Bus Urbano*

*(La música sale y desaparecen las imágenes)*

Luego de mi confesión fantasma, terminamos el almuerzo en silencio y con malestar. Decido que lo mejor es despedirnos como si nada hubiera sucedido. Le doy un beso y para que se quede tranquila, le aseguro que lo tengo todo bajo control.

Bajo sola al estacionamiento del centro comercial y voy hacia mi Honda Civic, que parece agotado de tanto esperar, más por los años que lleva encima que por mí. Automática, le echo un vistazo por debajo, siempre lo hago desde que vi una película donde mataban a la esposa con una bomba en su automóvil. Hoy no hay bomba, pero el Honda sigue botando agua por debajo. Y con el agua hay algo negro, imagino que es aceite, aunque podría ser el Alma.

Porque sospecho que este Honda, con lo viejo que es, algo defectuoso y terrible, más bien terminal, debe tener. Lo ideal para un fantasma, me digo, tratando de hacerme reír. El Civic, eso sí, siempre enciende. Y cuando lo hace, me recupero de todas mis malas impresiones, más bien prejuicios Honda.

(SONIDOS DE CIUDAD. IMAGEN INTERIOR DEL HONDA CIVIC. ELLA SE COLOCA EN EL ÁREA DEL CONDUCTOR)

Mientras salgo del estacionamiento vuelvo a pensar en que, si bien este Honda es viejo, qué suerte tengo de que está siempre ahí, esperándome. Además, es leal conmigo y hasta con Pedro: nunca deja de andar ni dice nada. En fin, como un marido de sueño. La fidelidad, otra vez. La fidelidad y los fantasmas: los temas de hoy.

Al tiempo que espero mi turno frente a la máquina de pago y hago mi reflexión de comercial para Honda, ya casi en plena avenida, dirijo sin razón la vista hacia la parada de autobús. Y me fijo en ella.

No, no es Andrea. Se trata de una joven bella, como de veinte y dos años, no muy alta, con el cuerpo de la que ha bailado mucho en su vida. Un pelo hermosísimo que le roza los hombros, negro duro pero peinado, como si fuera una muñequita. La boca grande, los labios incandescentes y los ojos negros iluminados como si pudieran ver el futuro. Va bien vestida, como quien va para su primer día de trabajo, con su teléfono pegado en la oreja y con un papel en la mano, quizás un mapa. (EN CRESCENDO) ¡Pero al mismo tiempo también veo el bus que se le acerca y en un instante pongo a los dos juntos: la bella mujer y el autobús que se le aproxima! ¡Y antes de que ocurra, tengo las manos en mi cara del asombro y de la rabia! (OÍMOS GRITOS Y RUIDOS DE ACCIDENTE) ¡La chica es golpeada por el espejo retrovisor del colectivo y al suelo va a dar ella con un movimiento de cabeza anormal, como si debajo de su cuello le hubiera explotado una pequeña bomba casera! ¡En el momento del accidente, la mujer atropellada, que por alguna razón decido llamarle Camille, no vio cuando la muerte se le vino encima! (RUIDO DE SIRENAS. GENTE QUE DISCUTE A LO LEJOS. GRITOS) Camille, quebrada a un lado de la rueda del bus, interrumpe mis pensamientos cuando de repente... (EN EL HONDA, APARECE UNA MUJER, DESVANECIDA) ¡La veo también por el retrovisor, como pasajera en la parte de atrás de mi Honda Civic, como si ella estuviera en los dos sitios al mismo tiempo: arrojada en la calle, sangrando, con la cabeza rota, y también conmigo, temblando, moviéndose en los asientos de mi vehículo como si se tratara de alguien que me espera! Y es así como me llega, por primera vez, ese pensamiento...

(SILENCIO) ¿Y si Pedro me es infiel?

(PAUSA CORTA) No es posible, claro que no, pero lo que de verdad me embiste como un bus verdugo no es la posibilidad, sino una idea:

¿Qué haría yo?

(RUIDOS DE LA CIUDAD Y SIRENAS) Sorprendida, detengo el Honda de un frenazo como si la idea fuera un muro de granito colocado por las

fuerzas del orden. No pase, deténgase aquí, hay una emergencia, algo serio ha sucedido: le informamos que han decapitado a una mujer bonita. También sepa que Andrea quiere dejar de ser su mejor amiga después de tu rarísima confesión fantasma. ¡Ah! Y además entérese de una vez que su marido, Pedro el Francés, la engaña. Y mucho.

(SALE SONIDO DE CIUDAD) Sí, la idea es sobrecogedora, inaudita, hasta majestuosa. Y esa idea es:

(PAUSA CORTA) Que si Andrea no me llama más, me da igual. Y que si Pedro me engaña, si tiene una aventura, creo que también me da igual.

¡Porque lo trascendental aquí es la mujer bonita decapitada en plena vía pública! ¡Ante esta imagen, el Honda Civic podría explotar por bomba mata esposas, o partirse en pedazos frente al muro de protección...! ¡Y nada me pasaría!

(A UN LADO) Como con Pedro.

Imagino un divorcio, papeles, rencores, llamadas de familiares intentando interceder aunque eso sí, sin mucha insistencia, que igual cada uno tiene su vida y en esto de las separaciones de los demás reaccionamos todos con mucho interés fingido.

Pero al tiempo la presión bajaría, se iría por el bajante, como si fuera agua derramada para limpiar el piso: se recoge y desaparece, se empuja por el desagüe, lo turbio no se queda en el piso del hogar, no vive con nosotras. La casa estará reluciente luego de este baño de agua sucia. En realidad, un divorcio no es tan definitivo como una decapitación por autobús en plena avenida principal, creo yo. No tanto como este accidente del que soy testigo. Lo he visto, me ha afectado, tanto o más que el amor, mira qué cosas.

(A UN LADO) Con el añadido de que yo no soy tan bonita como lo era la atropellada Camille, ni tengo las piernas tan bellas como la asustada Andrea.

(SEGURA) El caso es que no me importaría, eso es todo.

(RUIDOS DE CIUDAD) Así que tranquila y campante, y con la muerte de pasajero en el asiento de atrás de mi Honda Civic, me olvido de ir al mercado, de la fiesta de Pedro, y hasta del fenómeno que aparece, y atravieso la ciudad de regreso a casa.

*(Música que sugiere traslado. Sube ruido de ciudad)*

### 3 / *Mujer Clásica*

(Sale imagen del Honda Civic. Sale música, ruidos)

Abro la puerta de mi casa y la tarde cae entonces como un piano lanzado desde una ventana. El ruido araña, el tiempo se despeña, la noche salta en pedazos, algo formidable ha sucedido con el ocaso. De repente, el poniente se arrima y trae la sensación, más bien la seguridad, de que es hora de comenzar a vivir sin electricidad. Sí, se trata de una idea grave, tal vez esdrújula.

Porque, ¿no será que la luz artificial me ha estado robando la imagen y no permite reconocermé cuando me veo en el espejo? ¿Será por eso que desaparezco? ¿Por efecto de la luz eléctrica, la luz simulada? Y, lo menos alarmante: ¿tiene todo esto que ver con Pedro?

(MÚSICA SIGLO XIX. SE VA COLOCANDO UN ATUENDO ANTIGUO)

Así, me asomo por la ventana de mi casa de la Calle Loira y de inmediato paso a otra época, viendo carruajes desfilan, sintiendo las miradas de las señoras que tienen esposos que llegan temprano. Me veo entre gente de gesto sutil que enciende velas pero no añoran el día. Yo, la mujer de la ventana, una espectro —o *espectra*— que cuando los niños voltean para verla, ella se borra, fantasmagórica, y los chiquillos gritan y salen corriendo, histéricos. (LOS IMITA) “La fantasma, la fantasma”. Yo, la mujer clásica que hoy, para sorpresa de sus amigas mantuanas inconformes, se ha declarado monárquica, aunque detesta a Fernando VII. Contradicciones que tiene una en esta noche de mujer anacrónica que pasa sus días suspirando el calor y pensando que los velones viven con un solo empeño: recibir el golpe del maticandela. (IMÁGENES DE CAMILLE CLAUDEL, 1888) Yo fantasma como si fuera una escultura de Camille, me refiero a la Claudel, muy siglo XIX. Una escultora y yo la fantasma ocre que la acompaña, filtrada, arrastrando

gritos de niños aterrados, (LOS IMITA) “La fantasma, la fantasma”. Yo, fantasma seria y serial, que ha llegado a la edad de la madurez.

(AGITADA) ¡Con estas imágenes y el derrumbe final de la tarde, me acosa un ritmo cardíaco intolerable y la sensación de que, si paso unos minutos más en esto, cuando se enciendan las luces de la electricidad, algo serio me sucederá! Papá murió del corazón y mamá siempre habla de lo mal que ella tiene la presión. Y yo, que me dicen y sé que todavía soy muy joven para preocuparme por esas cosas, en realidad me preocupo, claro que sí, porque los pensamientos que se alojan en los distintos compartimientos del cerebro salen a discreción; como gavetas espectros que se abren por sí solas, como si una energía que no proviene de ti es la encargada de franquear las cajas y mostrarte las cosas que no debes ver.

(DOS GOLPES LA ASUSTAN. SALE MÚSICA. EL AMBIENTE SE DESVANECE) ¡Alguien golpea la aldaba de grifos y serpientes sobre el portón familiar! ¿Quién me visita a estas horas? ¡Regreso rápido a mi cuerpo de viva normal siglo veintiuno! (ABRE LA PUERTA: EN SECRETO, AL PÚBLICO) ¡Es ella, la inesperada Andrea! (LA OYE) Quiere que la acompañe a comprar faldas. (A ALGUIEN DEL PÚBLICO) Sí, han pasado un par de semanas. ¿Entendiste que me estoy volviendo fantasma, verdad? Bueno, lo mismo sucede con el tiempo; se diluye. *“El aroma está en el espacio entre las notas. No son las notas que tocas, se trata de lo que no tocas”*<sup>1</sup> (A LO SUYO) Con Andrea no hablaba desde aquella vez en el bistró. Sí, intentó llamarme varias veces pero en todas la dejé tallada en la contestadora telefónica. Hasta Pedro me preguntó: (COMO PEDRO) —¿No piensas responderle a la Andrea? ¿Qué te hizo? (COMO VIRGINIA) Nada, Pero todo debía quedar en manos de las fuerzas del desvanecimiento. Al tiempo ella se olvidaría de mí, dejaría de tenerme en sus pensamientos. Pero no fue así. ¡Aquí está! ¡En la puerta de mi casa! ¡Y puedo decir que, más que Andrea, se trata de una

---

<sup>1</sup> Miles Davis, entrevista

hojarasca! (VIENDO POR LA PUERTA) No la dejo pasar, claro que no. En la entrada nos quedamos viéndonos por un rato. Ella, deshilachada, muda y moderna. Yo, sosteniendo la puerta con una mano y con la otra arrugándome el vestido siglo diecinueve.

(COMO ANDREA) —¿Qué es lo que te pasa, Virginia? ¿Acaso tienes algún problema?

—Andrea, ya hablamos sobre eso.

—No hablamos. Balbuceaste cosas, pero realmente no dijiste nada.

—Te dije que me entreno para ser fantasma.

—Virginia, ¿me quieres asustar? Porque tú no puedes ser fantasma, no estás muerta. ¿Acaso te quieres matar?

(AL PÚBLICO) Y entonces me salen esas palabras que yo no sabía:

(A ANDREA) —Te puedes entrenar para ser fantasma estando viva, Andrea. Se llaman *espíritus vivos*. Se trata de agregar cualidades de lo irreal en la realidad. Sin morirte, te puedes preparar para vivir como viven los espíritus de los muertos. Remontar de un tiempo a otro, atravesar paredes, levitar, ser invisible, asustar a placer, ver a los demás y que ellos no te pueden ver a ti.

—¡No entiendo, Virginia, no entiendo...! ¿Por qué quieres ser fantasma?

(AL PÚBLICO) Y cerrándole la puerta, de nuevo le respondo con la verdad.

—No lo sé.

(RUIDO DE PORTAZO. OÍMOS QUE ANDREA LA LLAMA) Tal vez debí decirle que eso es lo que descubres también cuando vas de compras con una mejor amiga a la que nunca has soportado, cuando piensas por primera vez en la infidelidad de tu marido, y cuando ves cómo le cortan la cabeza a una mujer deseable a la que hubieras querido conocer. O ser. Eso. Así es como encuentras un fenómeno, o más bien una vocación nueva, inédita, colosal, magnífica, secreta y aterradoradora: que me entreno para ser fantasma, un espíritu vivo que va de aquí para allá y de allá para acá. (*Música alta. Luces*)

#### 4/ Coincidencias

*(Imágenes según texto, Música de fondo)*

Oye bien las coincidencias: La Camille Claudel es del siglo XIX. ¡Y yo, a lo fantasma, también vivo en ese tiempo! Fue la hija menor de Louis y Louise, así como también yo soy la más pequeña de Luigi y Luisa. Su hermano mayor fue el poeta Paul Claudel; mi hermano mayor, Alexander, no es poeta, ni siquiera con pretensiones.

¡No importa! (A UN LADO) Camille quiso ser artista desde niña, yo también. Tenía cara de tormentas, como yo. Era excelente estudiante, yo lo mismo. ¡Y a los veinte años comenzó a trabajar en el taller de August Rodin! (PAUSA) Yo no.

(HACIA LA IMAGEN) ¡Pero como fantasma siglo XIX puedo verlos cada vez que salgo de paseo! Los miro a los dos en su relación de amantes y creadores y me proyecto en Camille y me digo: esa podría ser yo, con su mismo talento, solo que nunca lo he cultivado, jamás me pasó por la mente que yo podría hacer algo artístico. Quizás ahora, como fantasma, pueda. No lo sé. (A LO SUYO) Como yo con el profesor Pedro, ella primero tuvo una amistad con su maestro Rodin. Amistad como aprendiz aventajada la francesa; la de Caracas como alumna floja. Después de un período amistoso pero sugerente, ellos fueron amantes apasionados, como yo con Pedro, y pasaron-pasamos todos a ser pareja estable.

Solo que Pedro no es Rodin. La verdad, casi nadie es Rodin.

Camille, fascinada por su relación con un hombre como August Rodin, que además era su maestro, salió embarazada. ¡Yo también! Rodin era casado. Pedro no, pero tenía un noviazgo serio de años. El caso es que las esposas y marionetas no conspiraron contra la felicidad. ¿Qué digo felicidad? ¡Pasión más bien! ¡O trabajo! Por temporadas ellos vivían escondidos en un castillo que llamaron L'Islette, en Touraine, sobre el río *Loire*. ¡Ajá! ¡Yo vivo en la calle Loira! ¿Qué te parece? Sí, no es L'Islette,

es verdad... (ESTALLA) ¡Pero se llama igual! ¡Y punto! (MÚSICA) En L'Islette el trabajo de los dos es la dicha, como Pedro y yo cuando nos mudamos a esta casa, si bien la felicidad no tiene nada que ver con esta historia. Porque Camille entendía la felicidad seguramente como yo, es decir, como el sabor duradero de la lealtad. Una lealtad íntima que no te deja olvidar quién eres y has sido siempre.

(A LO SUYO) Camille, en la primera de sus tragedias, abortó, así como lo hice yo. Y ese fue el comienzo de su alejamiento de Rodin. Y el mío también: luego del fin de mi embarazo, dejé de querer a Pedro. O por lo menos dejé de amarlo. No, no es lo mismo. Nosotras nos entendemos.

(SALE LA MÚSICA. A UN ESPECTADOR) Te explico: quiero decir que después de la pérdida, los cuatro nos convertimos en otros.

(LA MÚSICA REGRESA) Entonces, Camille comenzó a sentir los síntomas de su enfermedad, de su caos mental, de su paranoia o lo que llamamos hoy, esquizofrenia. Aunque no estoy tan segura de que eso sea una enfermedad, si bien lo es desde el punto de vista clínico. Digo que tal vez existe en el *enfermo* una visión distinta de la sustancia. Que los que tenemos el alma invertida vivimos en otra realidad, análoga, un universo paralelo, fantasmal tal vez. De pronto es ahí donde queda la muerte; en ese otro universo.

(A LO SUYO) Camille, por su condición, destruyó gran parte de su trabajo: las estatuas que había realizado las volvió trizas, su obra de arte fue abortada. En mi caso no pude destruir nada. ¡Y vaya falta que hace tener a la mano algo puedas pulverizar!

(A UN LADO) Camille acusó a Rodin de robarle las ideas. No lo pudo probar, pero ella fue su mujer y la verdad es que todas sabemos muy bien a lo que se refería cuando culpó de plagio al amor de su vida. Digamos, para no ahondar, que se trata de un requisito para la convención. Nosotras nos entendemos.

Cuando su hermano, el poeta famoso se casó, ella quedó abandonada en el asilo de Montdeverguez sin que nadie la visitara por treinta años.

Como cuando se casó mi hermano y tuvo sus hijos. De repente, mis padres ya no me llamaron tanto y dejé de ser la hija menor, protagonista de mi casa paterna. Mi hermano, cuñada y sobrinos pasaron a ser las únicas celebridades aceptadas en fiestas, navidad y cumpleaños. De alguna manera yo, poco a poco, prescribí. Y fue así que hice lo que una hace: buscar familia en amigos y afectos lejanos para fiestas, navidad y cumpleaños.

Yo, como Camille, tan sola que los familiares de los otros enfermos la trataron como si fueran sus parientes. Cariño por lástima, podríamos decir. Los desconocidos desarrollaron una relación tan íntima con ella que para la muerte de Camille, la lloraron como propia. Fueron ellos los únicos que estuvieron en su funeral. La enterraron en una tumba común y su familia jamás reclamó el cuerpo.

Aún no sé si ese también será mi caso, estamos pendientes.

(CAMBIA LA MÚSICA. IMAGEN DEL HONDA CON CAMILLE) ¡Sin embargo y contra todo pronóstico, Camille reapareció! ¡Fue en esta ciudad y por estos días! Ella tenía unos veinte años y estaba parada en la avenida principal. Camille veía su teléfono mientras con la otra mano llevaba papeles, los soportes de su biografía, los mismos que aquí digo. No los cargaba porque estuviera buscando trabajo sino porque iba a su primer día de empleo soñado: ¡sería la directora de una galería! Estaba preparada, se encontraba lista, y si tenía que volver a conocer a Rodin, (LO PIENSA) ¡no lo haría!; si le tenían que robar las ideas de nuevo, ¡no lo permitiría!; y si debía volverse loca otra vez, pues ¡no cedería! Pero antes de esa gloria, ¡Camille de nuevo se murió, esta vez decapitada por un miserable autobús de ruta urbana que ni siquiera llevaba gente! (MOLESTA) ¡Ni siquiera fantasmas!

*(Cesan las imágenes y la música. Oscuro excepto en un haz de luz que la ilumina levemente. Ruido de corazón)*

## 5/ *La maestra Camille*

El corazón se oye todo el día, y hasta cuando duermes suena con ese rumor tenaz apagado que parece que lo han puesto solo para contar el tiempo que te queda. O más bien para marcar entre tareas: llegar a la casa, preparar la cena, esperar por Pedro, que no olvide preguntarle cómo le fue, cómo andan los alumnos, sus dolencias, y sobre todo aquella idea que de repente me vino: (CESA EL SONIDO DE CORAZÓN) ¿Por qué será que no invita a su amiga, La Maestra Camille de Rodríguez, para la cena de nuestro aniversario?

Yo casi nada sé de ella. Apenas hemos hablado fuera de las cortesías automáticas entre esposa y compañera de trabajo. Pedro la tiene como su mejor colaboradora, por lo menos como una buena aliada en la Alianza Francesa. Y aunque poco habla de ella, cuando su nombre se cuele en las historias sobre estudiantes, política, y maestros que detesta, la Camille, profesora de literatura francesa, nada menos, aparece como un personaje noble de esos en los que se puede confiar. Camille brilla en las situaciones desfavorables de la Alianza y ha tenido, según mi marido, acciones heroicas arrojadas con frases llenas de ingenio.

Pedro pone énfasis cuando se refiere a ella sin nombrarla, que igual La Maestra Camille se hace presente luego en los silencios, como rompiendo las pausas con acotaciones de escritores famosos. Ama a Rimbaud, eso dice, y parece que puede recitar versos del poeta de memoria, aunque nadie lo puede certificar porque, seamos francos, ¿quién coño se sabe un poema de Rimbaud en esta ciudad? Tal vez nos mete de contrabando un Rimbaud por dos Rodin, digo yo.

Esa es Camille de Rodríguez, noble *Rimbaudiana* y simpática, no como yo, me provoca agregar, que soy común, *fantasmera* y mala sangre, *recontraloca* como la otra Camille, la de Augusto. Sin duda, esta Camille Amiga de mi Esposo es más inteligente y sabe más que yo. Seguramente tiene temas de conversación fascinantes y seductores.

Pero apuesto a que su relación con el tal poeta Rimbaud no es la misma que tengo yo con mi escultora Camille. Digo, una conexión de fantasma a fantasma, con todas las de la ley y como Dios manda.

Del esposo de la maestra no sé nada. Un hombre de negocios del que se quiere divorciar, eso ha comentado Pedro. ¿Tú que crees? ¿Que su marido le es infiel? Los hombres tienen muchas vidas, qué muchas, quizás no tienen ninguna y por eso pueden herir natural y sin querer, como un instinto, que todo en ellos parece fantasía predecible y deseada por las que los vemos, no sin envidia. ¿Será por eso que también se separa Camille de su Rodríguez? Pedro jura que no se entera. Cuando le pregunto, él me responde con un *¿qué?* descarriado; un *¿qué?* escondido en el desierto sin mapa; un *¿qué?* sepultado en el armario; un *¿qué?* gritado desde el espacio. Imagino que su estatus de hombre, o más que eso, de profesor de francés, no le permite bajar a las tinieblas del chisme farandulero. Y así, se hace el que no oye.

(A PEDRO) —Pedro, ¿no crees que si su marido le está siendo infiel, Camille de Rodríguez debe sentirse de lo peor? Digo, por si acaso la ves llorando por los pasillos de la Alianza Francesa, no vayas a pensar que se ha magullado un dedo, que le duele el estómago o que le han contado alguna historia triste muy Rimbaud, sino que se debe a algo que le ha sucedido a ella, que tiene que ver con su vida doméstica o marital, mira lo doméstico que es esto de los maridos y sus simulacros. ¿No crees, Pedro? ¿Acaso no tienes algo que decirme?

Pero él no me escucha. Corrige exámenes, habla francés consigo mismo, con los papeles, y con los lápices. A veces discute o se queda repitiendo una sola palabra por minutos, muchos minutos:

(COMO PEDRO) —*Que voulez vous dire? Pourquoi parler d'une pause ici?*

(AL PÚBLICO) Bello, ¿verdad? Eso fue lo que hizo que me enamorara de él. Pedro, enseñando francés logra que lo recuerde como aquel profesor intenso, cultivado, arcano, como una versión de Rodin tropical y

fresca. Pero, ¿es este de hoy el mismo Pedro con el que me casé? Ahora que lo miro mejor, parece que en algún momento lo cambié. No es que él haya cambiado por sí mismo sino que he sido yo la que lo ha transformado, porque somos nosotras las que los cambiamos a ellos, pobrecitos, criaturitas endeblés y abandonadas, venados venaditos cojos que huyen de las tigras tigresas hambrientas.

Como sea, este Pedro de hoy es ajeno y desde mis ojos blanco y negro de fantasma forastero tengo la impresión de que es un desconocido vacío, desocupado, incógnito, como si fuera un área solitaria del espacio a la que no le han puesto nombre todavía. ¿O soy yo la que no es la misma? Porque cada día que pasa soy más espíritu, más un alma en pena viva. Si bien lo de viva es un tecnicismo, tampoco hay que exagerar.

(IMAGEN DE CAMILLE EN EL HONDA) Tal vez por eso miro a la otra Camille, la golpeada por el autobús, como si ella fuera una vieja amiga. Viéndola, tengo esa impresión de pausa, como si yo fuera la protagonista de una serie de televisión a la que le han apretado un botón detrás de la cabeza y ella se detiene, interrumpida, y congela la pantalla y el espejo de la sala. Se trata de una pausa alarma chispeada o de una pausa empapada, la misma que tuve cuando me enteré de mi primer y único embarazo; esa exacta pausa desgarrada cuando supe que debía detenerlo. Esa espera abandonada cuando me enteré del viaje que Pedro haría a París, travesía que además no me incluía; la pausa de la noche de la muerte de mi padre, y ahora, la pausa decapitada que aparece con esta Camille. Sin la pausa, no sabría que algo importante ha sucedido en mi vida. Sin la pausa, no podría verla a ella con su cuello roto y con un secreto por decir. La pausa pobre, la pausa desvivida, la pausa de esta malograda Camille con la cara y la cabeza partida.

¿Es ella la fantasma y me llama o soy yo la que ha comenzado su vida de espíritu vivo y ahora se la encuentra? ¿Es Virginia esta Virginia que creo que soy yo: una aprendiz correcta, quizás talentosa, de posible

espectro *vivo en pena* con corazón en taquicardia, o más bien sucede que me convierto en Camille, la escultora copiada por venado venadito Rodin, tigre tigresa enloquecida en soledad y enterrada en el abandono, mujer atropellada en la calle? ¿Seré?

*(Desaparece la imagen)*

6/ *¿Qué es un nombre?*

*(Voz de Pedro, luz plena)*

(COMO PEDRO) —¡Virginia! ¿estás despierta?

(AL PÚBLICO) Eso fue lo que dijo al llegar.

(A UN ESPECTADOR) ¿Yo despierta? No lo sé. Aunque lo importante no es si estoy despierta o dormida, sino mi nombre. No sé, es que dicho por Pedro me gusta menos. En este instante hubiera querido llamarme de otra manera: Francisca, Nicole o Camille, claro.

(COMO PEDRO) —Francisca, ¿estás despierta?/ Nicole, ¿eres fantasma?/ Camille, ¿por qué luces de piedra?

(AL PÚBLICO) Una vez le pregunté a mamá porqué me puso Virginia. Esa noche habíamos visto una película, *Las horas*, basada en historias de la escritora inglesa Virginia Woolf. “*Una atormentada*”, agregó Pedro con su pose de autoridad y desdén por toda literatura que no sea francesa. Y pensé: ¿será que mamá era una atormentada, como dice Pedro? (TORMENTA) ¿Acaso se refiere a una mujer con muchas tormentas o quizás a que estaba en medio de una, quizás en el centro de una tormenta con rayos, truenos y viento? ¡Atormentada porque eres una mujer que llueve; atormentada porque derribas y eres derribada con el viento; eso, una mujer atormentada, una mujer de vendavales y huracanes y muertos que dejas a tu paso y que te desvaneces cuando has llegado al clímax de la escala de borrasca y furia de la naturaleza!

(CESA LA TORMENTA) Virginia Wolf, una mujer atormentada según el parte meteorológico francés de mi marido, ¿sería por ella que mamá decidió llamarme Virginia? Quizás creyó que su hija también sería chaparrón. Virginia, nombre de soltera y mira qué casualidad, ¡es el mismo que yo tenía cuando nací! No sé si esto significa algo, que una renace soltera o así. Porque con ese nombre yo crecería como una mujer esencialmente ilógica, endeble, y encorvada; una mujer que

fumaría mucho y que escribiría pesadillas sobre el dolor y que, en su madurez, ni siquiera demasiado, a los cuarenta y dos años, decide suicidarse arrojándose a un río. ¿Era eso, mamá? ¿Por eso me llamaste Virginia? Pudiste ponerme Camille, digo, si de tormentas se trataba. Mamá Luisa respondió que cuando yo nació ella no sabía nada de Virginia Wolf ni de *Las Horas*...

(COMO MADRE) —Una película que será muy buena, hija, pero para ese momento no se había realizado todavía. A tu hermano lo iba a llamar *Virginio* pero tu padre no me dejó. Entonces, *Alexandrio*. Luego, como tu padre quería otro varón, no le importó que al nacer tú yo eligiera el nombre. *Alexandrio* y *Virginia* fue por un viaje a Washington donde hice un juramento. Y no te quejes porque a ti te iba a llamar *Washingtonia*.

—¡Mamá!

(AL PÚBLICO) Había jurado quedarse a vivir allá. Fue un juramento en vano, claro, uno más. Quizás deberían enumerar los juramentos que no se cumplen y comenzar de una buena vez las estadísticas, no sea que luego hagan falta para narrar la historia del fin del mundo. (A UN LADO) Papá Luigi contaba la historia de mi nombre de otra manera...

(COMO PADRE) —Cuando Luisa salió embarazada de ti, hija, fumaba como una locomotora. Y lo que más le dolió fue que tuvo que dejar sus cigarrillos *Virginia Slim*. Por nueve meses no hizo sino recordar aquellos cigarrillos: dormía con ellos, los tocaba, olía, que si se los hubiera podido comer lo habría hecho. Y por eso te puso Virginia, hija. Nada de escritora, ni tormentas, ni Washington. Fue por el vicio. Nada más.

(AL PÚBLICO) En ambas versiones de la historia, y como dice la crítica francesa, mamá sale como una mujer atormentada y yo como un vicio y nada más. Pero un vicio que me vuelve fantasma ciclónico, un espíritu contagiado con rayos y centellas, y una aspiradora de cigarrillos enloquecida, abandonada como la Camille, que así somos las mujeres interesantes, fantasmales, artistas, fumadoras y mala leche de todos tiempos.

7/ *¿A qué hora llegó Pedro? I*

*(Cambio de luces. Voz de Pedro)*

(COMO PEDRO) —¡Virginia! ¿estás despierta?

(AL PÚBLICO) ¿A qué hora llegó Pedro? En la oscuridad yo solo veo sombras, reflejos, bultos, invenciones, pero la hora, eso sí que no. Quizás en la cocina está encendido el reloj digital, pero lo ignoro. (A UN ESPECTADOR) ¿Qué te pasa? ¡Soy un fantasma con dignidad!

(A LO SUYO) Pedro llega... Quizás trae compañía. ¿Se atreverá a traer a La Maestra Camille de Rodríguez? ¿O a La Andrea de Tres Pechos? La verdad es que me gustaría conocer a la maestra. Tal vez conseguiríamos ser amigas. Por lo menos me podría recitar a Rimbaud y yo le creería. Quizás la podría invitar a ir de compras, ya no de faldas, sino de poesía.

Entre la profesora de literatura francesa bonita con el pelo azabache largo y el profesor de francés descolocado, misterioso pero ahogado, ¿cómo hablarán entre ellos? Quizás hablan en un idioma que nadie entiende. En Rimbaud. O en Francés. Debo aprender francés. ¿Cómo se lo diría Camille a Rodin? O más bien, ¿cómo lo diría la esposa de Augusto? ¿Cómo se dirá algo como...?

—Pedro, sé que tienes una relación muy intensa con la maestra Camille.

*Pedro, je sais que tu as une relation très intense avec l'enseignante Camille.*

—Sé que te acuestas con ella.

—*Je sais que tu te couches avec elle.*

—Y también que te acuestas con mi ex amiga Andrea.

*Et aussi que tu couches avec mon ex-amie Andrea.*

—Y que sus tres pechos ya no te excitan

*Et que ses trois seins ne vous excitent plus*

—Y también sé que no eres feliz.

—*Et je sais aussi que tu n'es pas heureux*

—Ni con ellas ni conmigo.

—*Ni avec eux ni avec moi.*

En francés no parece tan grave, en realidad suena perfecto. ¿Verdad? (COMO SI ALGUIEN LE PREGUNTARA) ¿Que cómo lo sé? Nosotras nos entendemos. (A OTRO) ¿Y cómo hago para que los hombres entiendan? Está bien, se los voy a decir. (OBVIA) Porque estuve ahí. Y los vi. (A OTRO) ¡No, no a los tres al mismo tiempo, mira que perversito eres! No, me refiero a cada uno en su momento y lugar: en la casa de Andrea, y en el hotel con Camille de Rodríguez. (A OTRO) ¿Acaso ellos no me vieron también? Es que yo no fui físicamente.

Me refiero a que me aparecí como fantasma.

(ENCANTADA, NOS HACE LA ESCENA) Primero fue con la Andrea. Ella, lanzada en su cama, viendo las faldas, hablando de sus piernas y créanlo, de mí, mientras Pedro, fastidiado, harto de la historia, hacía lo suyo como quien se lo hace solo en el baño. Y la Andrea habla que habla y él aturdido, dale que dale, pero nada que nada, hasta que de pronto la Andrea vio mi silueta en el espejo caminando hacia ella, y volando por el techo y...

(AÚLLA COMO FANTASMA) Juuuuuuuuu!

¡La Andrea pegó un grito ultra-zen! (GRITA TIPO ANDREA) ¡Y cuando Pedrito, pobrecito, ya estaba alcanzado algún placer, ella lo empujó contra pared, le dio un golpe monumental en la pierna, que todavía le duele al pobre venado venadito cojo, y salió corriendo mi ex mejor amiga despavorida por su casa, buscando un pantalón para cubrirse sus piernas horrendas, gritando! (LA IMITA) ¡Virginia es un fantasma! ¡Virginia es un fantasma!

(VIRGINIA LA PERSIGUE A LO FANTASMA, RIENDO. MÚSICA. PAUSA. DE PRONTO, SERIA)

Con la maestra fue distinto. Me aparecí en su cuarto de hotel cuando Pedro pensaba que Camille de Rodríguez, más joven que yo, se le desvanecía durante el sexo. Pero la verdad era otra. En su juventud chupada por el profesor de mediana edad, en su soledad asociada, fue ella quien entró en mi universo atormentado, de tormentas quiero decir, universo de borrascas, arrebatos, en construcción. La maestra Camille me vio como soy, y cuando Pedro le dijo, sincero, que la amaba, que lo dejaría todo por ella, que la necesitaba, entonces ella lo apartó de un golpe, primero en el pecho y luego en la pierna, venadito doble cojo. Y se lo dijo:

(COMO LA MAESTRA) —Pedro, no sigas que no siento nada. Hace tiempo que ya no quiero estar contigo. Ni con mi marido ni contigo. ¿Por qué? Porque me he dado cuenta de que son dos desconocidos. Me refiero a dos hombres que no se conocen, que no se pueden conocer, no saben quiénes son. Y lo cierto es que, por eso, me repugnan.

(AL PÚBLICO, MÚSICA) Y ella, al terminar de decirlo, me miró. Al fantasma que soy. Me vio como diciendo: muy bien, hasta aquí. Ya no necesito esto. He visto un fantasma febril que anima mi lealtad privada, mi homenaje propio a la niña que lo quiere todo y no cede a nada. Y con ella, mi devoción fiel a Rimbaud. Y tú, Profesor Pedro Derrumbado, déjame en paz. No siento nada por ti. Jamás lo sentí. Mi cuerpo, mi aliento y mi lealtad sólo tienen que ver conmigo. (ALTO) ¡Y los demás que se jodan!

8/ *¿A qué hora llegó Pedro? II*

*(Cambio de luces. Sale la música con la Voz de Pedro)*

(COMO PEDRO) —¡Virginia! ¿estás despierta?

(AL PÚBLICO) Te decía que Pedro llegó a la medianoche, pero solo, no faltaba más. Todo estaba particularmente apagado.

Claro que sí, opaco y en negruras: ¡Yo estaba ahí!

(COMO PEDRO) —Virginia, ¿por qué tienes la casa siempre a oscuras? ¿Y esas velas? ¿Virginia? ¿Estás loca?

—Loca no: ¡tempestuosa, turbulenta, inclemente!

(COMO PEDRO) —Eres anormal, Virginia. ¡Estás loca!

(AL PÚBLICO) ¿Puede un fantasma meterse en el cuerpo de un hombre, como he visto en la tele? ¿Es un fantasma algo así como un médium? ¿Podría un fantasma como yo hablar con otros fantasmas? Por ejemplo, como con Camile, escultora, amante de Rodin, muerta en asilo para locos o extraterrestres, o extra universalistas, mujer bonita atropellada en plena avenida principal, ninguneada colectiva. Nosotras nos entendemos.

(ÁGIL. A UN LADO) ¡Pedro llega y entra en mi cuarto, habla, y alza la voz, pero desde mi distancia fantasma siglo XIX, no puedo oírlo ni responderle! Él grita aquello de “¿estás loca? ¿No me estás oyendo? ¿Virginia, estás despierta?” Y yo no puedo dejar de pensar en una sola cosa: ¿Se atreverá Camille a aparecer aquí? ¿Dejará de vivir en mi Honda Civic y venirse hasta mi cuarto? Porque aunque yo sea una fantasma viva, ¡soy una fantasma a todo dar!

Pedro, hartado de mí elipsis, sale del cuarto y va hacia la cocina, saca una cerveza de la nevera, se arroja al sofá, se quita los zapatos, se toma la cerveza completa y ahí se queda viendo la tele. Me refiero a que se pierde observando el aparato de la televisión apagado, con su propia imagen que se ve reflejada como si fuera un programa en negro, una

película inusual, un comercial detenido para que todos vean el producto, también detenido, el único capaz de colocarle manchas a la ropa. Esa es la cara de Pedro congelada, con sus ojos goteados, lagañosos, tal vez con cataratas; dos ojos o menos que eso: dos metras partidas y empolvadas con las que apenas puede ver. Pedro, rechazado por la joven maestra que ama, ha regresado a casa envejecido, derrotado, excomulgado. Con una pierna rota se tambalea con su bastón de madera, con su carrito que lo ayuda a ir al baño, con su escuadrón de pastillas, con la plancha que le mantiene las encías de anciano. Pedro dormirá en el sofá esta noche y probablemente todas las noches que le quedan de vida. Ha encanecido, se ha arrugado, luce consumido, y su desaparición de la realidad es cuestión de minutos en una vida que además ha durado apenas un día y tres encuentros.

Dejo de observarlo y cierro la puerta, pero no le paso la llave. No hace falta, aquí yo vivo sola o por lo menos soltera. El gesto me recuerda a los encargados de la funeraria cuando ha llegado la hora de cerrar el féretro para siempre. Así, dejo la puerta abierta como un ataúd franco en capilla ardiente para que lo puedan ver los que lo han querido.

Porque reconozco su proceso. Yo he estado ahí; lo que le pasa a él ya me ha sucedido a mí. Pedro ha empezado a caminar por el mismo empedrado de mi aleteo contracorriente. Quiero decir que también él comienza a desaparecer. Y lo sabe. No se inicia este paso hacia el desvanecimiento sin que la mente lo alerte y el alma se eche a tus pies.

Se podría decir que es lo mismo que hacemos los fantasmas con la luz y la realidad: una vez desaprobadas, ya no podemos volver a ellas.

Como el amor, me gustaría agregar.

(RUIDO DE GENTE EN LA CALLE QUE LE CORTA LA INSPIRACIÓN. IMAGEN CALLE EMPEDRADA. VIRGINIA, ALTO) ¡Entonces, me olvido de él y ya no estoy en mi cuarto sino caminando sola por el empedrado de Touraine, Siglo XIX!

*9/ Me llaman.*

*(Música siglo XIX)*

Saludo a la gente en el mercado. Al rato veo el castillo que busco, L'Islette. Entro y puedo verlos: (IMAGEN DE CAMILLE Y RODIN) Camille Claudel y August Rodin moviendo una pieza que acaban de pulir. No puedo decir quién de los dos firma la obra porque ambos la están empujando, no solo al mismo tiempo sino con el mismo esfuerzo. De repente, Camille se quita el sudor de la frente y me mira.

Su cara es de sorpresa. ¡Alguien la está viendo! ¡Y ese alguien parece no estar ahí, aunque quizás lo estará en su próxima escultura que deberá ser sobre un hombre como Augusto dudando entre dos mujeres: una mayor, que lo ha amado casi siempre, y una joven, que él desea! ¿Quién es quién? Camille todavía no lo sabe. La obra de arte está comenzando en su cabeza y en ese momento reúne todos sus secretos. Hacerla es desentrañarlos. Para eso es.

Augusto nota que Camille no está prestando atención a lo que hacen y también voltea a mirarme. Pero no ve nada.

(COMO RODIN) —*Qu'est ce qu'est?* —Pregunta el artista.

(COMO CAMILLE) —*Il nage...* —Le responde ella, guiñándome el ojo.

(COMO RODIN) —*Qu'est ce que vois tu?* —Insiste Rodin.

(COMO CAMILLE) —*Je vois une idée pour ma prochaine sculpture .*

¿Una idea para su próxima escultura? Está loca, piensa Rodin, Pero Camille regresa al taller y es en ese momento cuando comienza a hacer los bocetos de *L'Age mûr, Madurez*, ¡nuestra obra maestra!

(VEMOS "MADUREZ". SALE LA MÚSICA. LUCES. CASA DE VIRGINIA. A LO LEJOS OYE SU NOMBRE. RONQUIDOS DE PEDRO)

¡De repente mi corazón se reanima, como despertado por un viento cálido y vuelve a latir! ¡Mis contornos reaparecen y estoy de nuevo en mi cuarto, sobre mi cama, en el centro de esta oscuridad brillante que

significa ser fantasma a discreción! (A UN LADO) ¡Oigo los ronquidos de Pedro derrotado en el sofá y también escucho a la ciudad gritando amordazada, como quien ha visto finalmente la cara de su ejecutor y trata de espantarlo con alaridos callados, como si sirviera de algo, como si el lamento valiera para aplacar el tormento por venir.

No, no funcionará, porque la ciudad ha acordado vivir en ruinas, desaparecida. Y por más esfuerzo que haga con su voz enloquecedora, ya no se le escucha. ¡Ni ella misma se oye!

Pero una cosa sí que está clara: el espíritu vivo de Virginia ha regresado. Y lo más importante es que sabe por qué.

(DE PRONTO, ENCANTADA) ¡Me han llamado!

(MÚSICA MISTERIOSA. SALE LA IMAGEN DE “MADUREZ”. VIRGINIA SE SIENTA EN LA CAMA) Comienza como en esas pesadillas que te afectan el corazón, que lo agitan como si estuvieras corriendo, huyendo, saltando, a veces flotando. Sueños que te obligan a reaccionar físicamente; si corres estás cansada; si te persiguen, asustada; si te tocan, te excitas. Y al despertarte todavía mantienes la sensación del sueño.

Trato de mirarme en el espejo pero apenas veo reflejado un poco de mi pelo y las manos, aunque difusas. Desaparezco, pero no como Pedro, porque yo soy una fantasma que regresa, que se restituye. Mientras más espectro, menos años de vida parece que tengo. Si hasta se me ha vuelto la cara más lozana, he perdido arrugas, tengo los ojos más intensos. En el espejo no me veo pero me siento sugestiva y me lanzo un beso. El beso, claro, da contra la lámpara que se refleja porque lo que soy yo no tengo imagen alguna.

¡Es que soy, lo que se dice, una fantasma a todo dar!

(DE UN LADO A OTRO) Lo que en este momento debería hacer es intentar de nuevo la levitación. ¿Cuándo será que podré moverme sin utilizar los pies, flotando, como se supone que podemos hacer los fantasmas? De ahí a traspasar paredes creo que será un paso fácil de

dar. Vamos a ver: (VIRGINIA INICIA SU RITUAL FANTASMA. ENTRE INTENSO Y CÓMICO) No se rían, que tiene que ver con el contacto interno espectral.

Muy bien: (SE PREPARA, GRITA) ¡Levitación! (VIRGINIA SALTA. PAUSA. VUELVE A SALTAR. PAUSA. SE SUBE A LA CAMA, SALTA. ANOTA EN SU LIBRETA) Aún me falta más vuelo ágil, desplazamiento aleatorio y flotar a discreción, pero creo que voy por el camino. ¡Muy bien, Virginia!

(SE PREPARA, GRITA) ¡Paredes! (VIRGINIA SE LANZA CONTRA UNA DE LAS PAREDES Y SE DA UN GOLPE DURÍSIMO. CAE AL PISO. ANOTA) Logras pasar pero a la mitad de la pared pierdes fuerza y eres expulsada. Ya te falta poco para que la traspases completa. Sigue intentando la concentración y revisa bien tu carrera inicial. Tal vez no debas ir tan rápido. Quizás la cosa es lenta... (LO INTENTA DE NUEVO Y SE DA OTRO GOLPE, PERO NO CAE AL SUELO) ¡Muy bien! ¡Sí, es más lento! ¡Y esta vez casi vi el otro lado! ¡Vas estupenda, Virginia!

(SE PREPARA, GRITA) ¡Sustos! (VIRGINIA SE QUEDA EN SILENCIO. PAUSA. DE PRONTO, VOLTEA Y ASUSTA A UN ESPECTADOR) ¡Esto sí que lo tengo dominado! ¿Verdad? ¡Estoy tan orgullosa de mí! (ANOTA) Objetivo logrado.

*(Va a la cama, se lanza en ella. Revisa sus notas, encantada)*

*10/ Poseída*

*(Música misteriosa. De pronto ella siente algo. Voltea, aterrada)*

¿Qué es eso? (VE POR TODOS LADOS) ¡¿Qué?! (SOLO OÍMOS LA MÚSICA) Siento como si alguien se ha sentado al lado de la cama. ¿Pedro? (OÍMOS RUIDOS A LO LEJOS) Pedro está en la sala. (NERVIOSA) Estoy sola y apenas tengo explicación a lo que está sucediendo. ¡Hay alguien sentado en el borde de mi cama! ¡Tal vez alguien que ha entrado por la ventana! (NERVIOSA) ¡He oído de criminales, asesinos en serie y ladrones a granel que entran de noche a las casas! ¡Y quién quita que sea precisamente un homicida el que está conmigo! ¡O de repente se trata de Pedro, que al fin lo hará!

Matarme, claro.

Él podría venir a la cama con la intención de sacrificarme. O culparme, que en nuestro caso es lo mismo. Nosotras nos entendemos. ¿Culparme de qué? De su rechazo del día de hoy, de su abandono, de su malquerencia. En varias oportunidades se me ha ocurrido que Pedro, cayendo por su abismo atormentado sin tormenta, se animará a asesinarme. Que me odie lo dudo, pero para matar no es necesario el odio. Basta con la aspiración.

¡En fin, lo cierto es que ahora siento a un intruso a mi lado y en vez de decir algo, de preguntar quién está ahí o de abrir los ojos, decido hacerme la dormida mientras, en medio del pánico, organizo un plan de escape. O por lo menos de cómo voy a reaccionar frente a este extraño o mi esposo, que también es un extraño, sentado al lado mío con la intención de llevarme con su propia muerte!

(FINGE QUE DUERME) Esto es lo que haré: voy a levantarme por el otro lado de la cama, como si fuera al baño, como una cosa normal, y de repente... (ALTO, ATERRADA) ¡Correré y si es necesario pegaré todos los gritos que pueda y me encerraré en el baño! Si se trata de un intruso,

Pedro vendrá en mi auxilio. Pero si el intruso es Pedro, estaré perdida aunque atrincherada. ¡Desde la ventana gritaré para que me oigan los vecinos! (GRITA ALTO. SE AVERGÜENZA) Es que se me antoja que los fantasmas gritan duro, durísimo, los gritos de fantasma son como gruñidos de lobo. ¡Los aullidos de fantasma son visuales como un parpadeo de luz! ¡Las llamadas de fantasma huelen a cocina de gas que se dejó con las hornillas abiertas! ¡Eso haré, correr y gritar!

(LO INTENTA) Pero no puedo moverme de la cama. ¡Estoy paralizada! No por miedo, que sí tengo y mucho, sino inmovilizada como si mi mente no tiene control sobre mi cuerpo. Abro los ojos y no veo nada. Me estremezco al darme cuenta de que ese es el único movimiento que puedo hacer: abrir y cerrar los ojos. Y ya.

Tal vez me han inyectado esa droga que utilizan en los hospitales como anestesia y que, según he leído, es la preferida de los criminales. Una droga que te deja sin poder moverte pero viendo todo lo que te va a suceder. Y como el dolor también es suprimido, te mueres sin saber por qué, y viendo directo a la cara de tu asesino.

O quizás no se trata de un *feminicidio* inyectada por mi marido, sino de otro sueño. Pero, claro, esto no es sueño. ¿Será que estoy muerta o en proceso? No sería nada extraño para un fantasma en training como yo, aunque sí una contrariedad inesperada.

Porque yo quiero ser fantasma, pero no morirme.

No, no puedo estar muerta, ni anestesiada, porque siento la realidad y mucho. Noto el frío, advierto el roce de las sábanas con mis brazos, oigo los ruidos de Pedro en el sofá de la sala. Además, percibo claramente su amargura, su capitulación, su desplome, su vejez insólita, inmediata. Claro que sí, porque esto de los fantasmas es muy conveniente para desentrañar los secretos de la ruina.

No, no estoy muerta ni soñando ni anestesiada, pero a mi lado sí está alguien que...

(ALTO, ATERRADA) ¡Que ha empezado a tocarme! Me siento sofocada. Noto sus manos que me acarician aunque con los ojos bien abiertos veo que no hay nadie a mi lado. Está claro que estoy sola, acostada en mi cama, inmovilizada y manoseada por alguien.

(ESCUCHAMOS AGUA, GOLPETEO DE OLAS) Sí, ya lo sé, ese ruido de agua hace lucir todo como un cliché sobre la masturbación. Pero el cliché termina cuando siento que se me mojan los pies de verdad. No hay dudas: hay agua a mi alrededor, y mucha. Tanta, que se oye el golpeteo del líquido contra la cama como si se tratara de un barco parado en el muelle.

(VOZ, COMO SUSURRO. ELLA LO NOTA) Y es cuando la escucho. (COMO CAMILLE) —Todo sucede tarde, mi amada, mi amor, lo que te recuerdo, ¡cuánto te recuerdo...! Con tu lealtad a mi lado, el único enemigo que me queda es la muerte...<sup>2</sup>

(PAUSA. VIRGINIA SE SIENTA EN LA CAMA. AL PÚBLICO) Se trata de *la conversación disparo*. Finalmente ha llegado. Su voz no es conocida pero la sensación de conocerla sí. Y sin verla, sé que es ella.

Camille, abandonada en el asilo, enloquecida por Rodin, decapitada por el autobús, ha decidido estar conmigo; mi piedad la ha alcanzado, mi recuerdo constante la ha seducido. ¿Cuánto tiempo has estado así? ¿Desde el accidente? ¿Lo has visto todo, Camille? ¿Es el tiempo de los muertos el mismo que el nuestro, el de los fantasmas vivos? Ella no espera a darme respuestas y se acuesta sobre mí. Y dice:

(MÚSICA HERMOSA. VIRGINIA SE LEVANTA, DA UNA VUELTA POR LA CAMA, ACARICIÁNDOLA. COMO CAMILLE) —Me llamo Camille y quiero que sepas que fue tu cara lo último que vi. Y te reconocí: eras tú, la misma que estaba frente a mi taller en el castillo de la l'Islette, la que me inspiró los primeros bocetos de *Madurez*. Estabas en tu Honda Civic y desde mi distancia y mientras moría, o luego de muerta, segundos después de la muerte quizás, te observé y sentí tu dolor o más: tu

---

<sup>2</sup> “El único enemigo es la muerte” Virginia Wolf, *Cartas*.

solidaridad. Sufriste por mí y conmigo. Y me monté en tu Honda y vine hasta tu casa. Fue la única acción que me consoló; la idea de que tú dabas fe no solo de que yo he existido, sino también de que no he muerto. No me quedaba arrojada sin cabeza sobre el pavimento de la avenida principal, no me dejabas con los policías, ambulancias, y curiosos que me miraban con lástima. No me abandonaste en el asilo de Montdeverguez; no usurpaste mis ideas ni robaste mi obra.

(HACIA EL PÚBLICO, ÍNTIMA, COMO VIRGINIA) Hay un momento en el sexo en el que vas perdiendo contacto con la realidad; en el que abandonas la idea de quién eres, dejas de ser tú, como si dentro de ti despertara otra persona que apenas conoces, como si te sorprendieras con lo que ella sabe y puede hacer, como si alguien manejara los hilos de tu cuerpo como una muñeca de tinglado, como un títere desvivido, como una marioneta insospechada, como si la que está ahí hundida en la pasión no eres tú sino otra, una que viene de lejos, una que con sus gestos evocas.

(MÚSICA EN CRESCENDO. VIRGINIA VA A LA CAMA. SE AGITA. GRITO DE ORGASMO MAJESTUOSO. LE SALEN LÁGRIMAS)

Es que cuando es así me salen lágrimas.

(PAUSA CORTA) Cuando ella se va, yo sigo despierta. No fue sueño, en ningún momento perdí el control, tengo consciencia de todo lo que me ha sucedido. Puedo sentir las sábanas arrugadas, mojadas y olorosas a sexo. No hay dudas: lo que ha sucedido es la realidad, me han poseído. Cansada y complacida aquí estoy, aunque con sed, eso sí, como siempre después de tanto movimiento y placer. (CUANDO LA VEMOS COMPLETA, DE MANERA INEXPLICABLE, ESTÁ DESNUDA) ¡Sí, desnuda estoy! Claro que sí, ¡jacabo de tener una noche de sexo extasiada e indetenible con un espectro!

(VIRGINIA SE CUBRE CON LA SÁBANA) Ya es de día y la casa regresa con los ronquidos llorosos de Pedro. (VA AL SOFÁ, ARROPA A PEDRO. TOMA AGUA. DESCANSA DE LOS PRIMEROS TRAGOS PERO TOMA

MÁS. SE LE CAE UN POCO LA SÁBANA) Yo pecadora, que he tenido relaciones sexuales sublimes con otra persona a unos metros de su marido.

(VIRGINIA REGRESA A SU CAMA. SE ACUESTA, ENCANTADA) ¿Qué crees? ¿Qué quizás Camille vuelva mañana? ¡Ojalá! Su hora fantasma es temprana y la mía, a partir de hoy, también lo será. Y antes de terminar e irme a dormir, te dejo con dos ideas que me emocionan:

La primera: que ella puede venir cuando quiera, pasar por la puerta, traspasar la pared, levitar por el techo, y acostarse conmigo y poseerme cuando le plazca, como ella lo pida, que de todas maneras la estaré esperando. Intentaré estar siempre lista y hasta cuando esté cansada haré el esfuerzo, que luego de los primeros segundos de sentir su mano espectral tocándome el cuerpo desnudo, jugando con mi sexo, chupándome los pechos, estaré preparada para lo que ella reclame, porque creo que desde esta noche yo ando viva, ¡qué digo viva! ¡Ando por ahí flotando, atravesando muros, asustando sin misericordia, inmutablemente excitada por el mundo!

La segunda idea es más preocupante. Y es esta:

Creo, sinceramente y sin duda, que estoy enamorada.

(VIRGINIA SE LEVANTA Y VA AL ESPEJO. AHORA SÍ, APARECE SU IMAGEN COMPLETA) ¡Con todos mis bordes y sin desaparecer! (CON DIGNIDAD, LO ACEPTA) ¡He vuelto a ser esa que siempre he sido, sin desvanecerme! ¡Más fuerte, más fértil!

(EN EL MISMO SITIO DONDE COMENZÓ LA OBRA) La cosa sucede... Eso comienza... El fenómeno aparece... ¡Hoy! ¡Y ya sé cómo llamarlo! (LA IDEA LLEGA) ¡Embarazada! ¿Es eso? ¿Me siento embarazada? ¿A mi edad? ¡Tengo en mi cara el brillo, la sonrisa, la delicia de la que espera! ¡Mi noche ovulada guardaba una sorpresa desmedida, un sobresalto de estrellas! ¿Será posible? No lo sé.

(REGRESA A LA CAMA. ANTES DE ACOSTARSE SE LANZA UN BESO A LA IMAGEN BRILLANTE Y FELIZ DEL ESPEJO)

Buenas noches, proyección mía, encantada de volver a verte. Luces bien, me gustas, y hasta te podría decir que parece que has comenzado a permanecer.

Una cosa a recordar antes de que me desmaje en la cama: que a nuestra hija la llamaremos Camille, claro que sí.

(AL PÚBLICO) Nosotras... Nosotras nos entendemos. Dulces sueños, mi amor.

*(Se lanza como una niña a la cama. Abraza un muñeco de peluche y se duerme casi de inmediato. Música tema. Se repiten las imágenes del Honda Civic, de Camille Rodin, y finalmente, de "La edad de la madurez". Oscuro)*

FIN